

## **Crecimiento Económico y Desarrollo Humano: ¿aliados, enemigos o qué?**

Pedro E. Güell<sup>1</sup>  
10.10.2001

El país atraviesa dificultades económicas que son algo más que un “resfrío” pasajero. Esto mueve a algunos, entre preocupados y críticos, a apuntar sus dardos hacia lo que llaman “el modelo”. Les preocupan las consecuencias negativas que él podría tener sobre la igualdad y sobre la democracia. Desde otro ángulo, el llamado paradigma del Desarrollo Humano promovido por el PNUD ha insistido sobre la necesidad de privilegiar la dimensión social del proceso económico. Ambos hechos hacen que algunos vean una oposición entre “el modelo” y “el paradigma alternativo del Desarrollo Humano”.

¿El modelo actual de desarrollo económico produce más Desarrollo Humano o lo obstaculiza? ¿Hay complementariedad o contradicción fatal entre ambos? Sería bueno discutir las relaciones entre ambos para evitar juicios apresurados. Intentaré aquí proponer algunas pistas. Y, pues no soy economista, situaré mi reflexión desde la perspectiva del Desarrollo Humano. El PNUD define Desarrollo Humano como una proposición normativa acerca de cuáles debieran ser los objetivos del desarrollo. “El objetivo básico del desarrollo es crear un ambiente propicio para que los seres humanos disfruten de una vida prolongada, saludable y creativa. Esta puede parecer una verdad obvia, aunque con frecuencia se olvida debido a la preocupación inmediata de acumular bienes de consumo y riqueza financiera” (Informe de Desarrollo Humano, 1990). Los rasgos que definen aquel ambiente propicio para el Desarrollo Humano son: aumento de las capacidades de la gente, cooperación, equidad, sustentabilidad, seguridad (Informe de Desarrollo Humano, 1996).

Visto desde las realidades concretas es difícil afirmar que estemos en presencia de “modelos” y “paradigmas”, cual si fuesen cuerpos acabados de explicaciones y proposiciones para la acción. Es cierto que los actuales análisis y estrategias económicas imperantes hoy día, tanto como los análisis y propuestas de Desarrollo Humano, se fundan en algunos criterios definidos. Pero más allá de eso hay que reconocer que admiten muchas variantes. No es lo mismo hablar de economía de mercado en Chile que en Alemania, ni son los mismos los énfasis que ponen los informes de Desarrollo Humano en Chile o en Sri Lanka. En los hechos cada nueva realidad social ha exigido de ambos la adaptación de sus criterios y la modificación de sus interpretaciones. Por lo mismo, la relación entre el “modelo” de desarrollo económico y el “paradigma” de Desarrollo Humano debe pensarse a luz de los encuentros y desencuentros de hecho entre ambos en situaciones específicas. Hay que hacer un análisis de tendencias históricas y no de contraposiciones lógicas entre lo que se supone serían los rasgos esenciales y atemporales de ambos. Lo contrario probablemente desembocará en un diálogo inútil.

### **Lógicas del mercado y lógicas de la sociedad**

---

<sup>1</sup> Doctor en Sociología, Coordinador Ejecutivo del Informe de Desarrollo Humano del PNUD. Agradezco los comentarios de Norbert Lechner, Rodrigo Marquez, Eugenio Ortega y Guillermo Larraín. El resultado no los compromete ni a ellos ni al PNUD.

Generar riquezas y producir las coordinaciones necesarias para ello es un objetivo de cualquier estrategia de desarrollo económico que se pretenda tal. En buena parte del mundo y especialmente en nuestro país se ha establecido al mercado como instrumento para el logro de esos objetivos. Ganancia privada, competitividad y autorregulación son los principios que lo guían. El crecimiento de la riqueza en sí misma es su principal indicador de éxito. Bien visto, el Desarrollo Humano no está lejos del objetivo básico de la economía. Sólo pretende asegurar que las riquezas producidas por la economía sean una oportunidad para las personas concretas y para todas ellas sin exclusión. Señala también la necesidad de que aumenten las capacidades de las personas para producir riquezas. Pero afirma que junto a ello se debe fortalecer a las personas en su capacidad para captar esas riquezas. El grado en que las personas pueden aprovechar creativamente su existencia en sociedad es su medida del desarrollo. Esto lo mide a través de la salud, la educación y las posibilidades de consumo, así como a través de la reducción de las desigualdades y de los sufrimientos socialmente provocados.

La tensión entre la autorregulación de la economía y la definición normativa de las necesidades a las cuales ha de satisfacer la producción de riquezas es un rasgo propio de la modernidad. Sin duda se trata de lógicas distintas. Además, como nos muestran los términos de mercantilismo, capitalismo salvaje, planificación centralizada, politización, neo-liberalismo, la historia moderna está llena de pretensiones por totalizar una lógica por sobre la otra. Buena parte de las crisis sociales sistémicas en la modernidad pueden explicarse precisamente por la intromisión de una de estas lógicas en el área de competencia autónoma de la otra. La permanencia e irreductibilidad de esa tensión nos señala que lógica de mercado y lógica social no son dos opciones entre las cuales se pueda elegir una. Cada una de estas lógicas puede amenazar a la otra, y normalmente han tendido a hacerlo, pero ninguna de ellas puede realizar sus objetivos sustentablemente sin la otra.

El Desarrollo Humano no puede pensarse como uno de los polos de esa tensión, el polo opuesto al mercado. El es una perspectiva de análisis y de acción que se concentra precisamente en la creación de complementariedad entre ambos. El Desarrollo Humano puede definirse también como el manejo de la tensión inevitable entre economía y sociedad para asegurar el despliegue simultáneo de la riqueza, la habilitación de las personas y la integración de la sociedad. Así pues, sería un error de perspectiva oponer economía de mercado y Desarrollo humano como si fueran alternativas. Pero sería también un error desconocer el llamado de atención que puede hacerse desde el Desarrollo Humano sobre el aumento de las tensiones entre ciertas maneras de entender la economía de mercado y las dinámicas de la sociedad.

¿Cuál es el estado de esa tensión en Chile hoy? La tendencia actual – en parte mundial, pero con acentos muy chilenos - es la pretensión totalizante de la lógica del mercado autorregulado de instalarse también como lógica de la construcción de sociedad. Al buscar imponerse como criterio de las relaciones sociales le niega su legitimidad a cualquier otro principio de definición y organización de lo social. A esto se añade la debilidad actual del sistema político y de la sociedad civil para representar la autonomía de la lógica social y para legitimarla en el debate público.

Un ejemplo actual de lo anterior es la discusión en torno al trabajo. No hay duda que las realidades laborales están sometidas a cambios tecnológicos, culturales y económicos de grandes proporciones. Esos cambios exigen modificaciones en la organización institucional del trabajo. Pero no es indiferente bajo qué criterios se hagan esas modificaciones. El trabajo es un hecho económico, pero también un hecho sociocultural de importancia central. La identidad personal, los proyectos familiares, la integración a la vida social, las relaciones con otros, la participación en los asuntos

públicos, etc. tienen en la inserción laboral de las personas una plataforma básica. Las secuelas de la cesantía muestran esto con claridad. La modernización hará que el sentido y organización del trabajo siga cambiando aún más, pero es demasiado aventurado profetizar que perderá todas esas significaciones. Por lo mismo llama la atención que el agudo debate actual sobre el trabajo se haya reducido a su pura significación económica. También llama la atención que la política y en parte también la sociedad civil se hayan plegado al tono puramente económico de ese debate.

¿Cuál es el problema con esta pretensión de totalizar la lógica de la autorregulación económica? ¿No deberíamos pensar que mientras mayor autorregulación mayor es la eficiencia de las decisiones y mayor es la riqueza, ergo más oportunidades para todos? Si tomamos una fotografía y congelamos en el tiempo las realidades sociales puede ser que a mayor autorregulación mayor riqueza. De hecho hasta hace unos años y por una década crecimos al 7% anual. Pero las decisiones sociales no pueden tomarse a partir de fotografías en tiempo cero sin considerar la sustentabilidad futura de sus efectos.

La manida metáfora del vaso lleno o el vaso vacío a propósito de los debates sobre el “modelo” permite aclarar el punto: el problema no es si el vaso está medio lleno o medio vacío para saber si debemos preocuparnos o no por las consecuencias sociales de la estrategia económica. Comparativamente el vaso chileno está más lleno que antes. Pero lo importante es más bien saber si la manera en que hemos tomado el vaso permite que se siga llenando o que comience a vaciarse. Da la impresión de que aquellos que insisten en medirse con la metáfora del vaso medio lleno están más interesados en las evaluaciones de sus acciones pasadas que en las consecuencias de ellas para el futuro

Visto en una perspectiva más dinámica e histórica el problema es el siguiente: la dinámica económica y la coordinación de las acciones que ella requiere dependen de condiciones que un mercado autorregulado no puede producir y que suelen desgastarse fácilmente. Esas condiciones son estrictamente sociales. Su necesidad ha sido reconocida incluso por los propios teóricos de la economía: confianza interpersonal, legitimidad institucional, diversidad y tolerancia cultural, apego a las reglas compartidas, temporalidad de largo alcance, disposición a la cooperación, disposición al riesgo, espíritu cívico, sentido de reciprocidad, compasión. Algunos autores han designado a esos elementos como “Capital Social”. El reconocimiento de la autonomía de la lógica social es indispensable para la creación de capital social. En ello se juega no sólo la propia vitalidad de las relaciones sociales, sino también la sustentabilidad futura de la economía de mercado.

### **El debilitamiento de los recursos sociales del desarrollo**

Desde la perspectiva propuesta es posible sostener la siguiente hipótesis: el grado de totalización del mecanismo de autorregulación por el mercado y la subordinación de las lógicas sociales y políticas a él ha conducido a un debilitamiento de los recursos sociales que dan sustentabilidad a la propia dinámica económica. Esta tendencia no es fruto exclusivo ni conspirativo de los defensores del “modelo”, sino también de la debilidad de la política y de la sociedad civil para constituir en el debate público la autonomía y legitimidad de sus propios principios fundantes.

Es posible exponer, aunque de modo esquemático e inevitablemente parcial, algunas expresiones o consecuencias de este proceso de debilitamiento de los recursos sociales del desarrollo:

1. La totalización de la lógica económica y la ausencia o exclusión de debate sobre ella ha conducido a una **naturalización** de esa misma lógica. La forma actual de la economía es vivida como la única posible y como algo que no puede ser modificado por la sociedad. Esto favorece lógicas adaptativas y defensivas frente un sistema que se vive como ajeno. Ello afecta la legitimidad de las reglas del juego del desarrollo. Esto justifica la creencia de que lo que es bueno para el sistema no es bueno para las personas concretas. La desconexión entre comportamiento económico y espíritu cívico es un buen fermento, entre otros males, de la corrupción.
2. La naturalización del orden económico y social conlleva normalmente su **deshistorización**. Esto es creer que las reglas de la economía están fuera de la sociedad y del tiempo. Pero lo que no ha surgido como producto de la sociedad no puede tampoco ser pensado como modificable y lo que no es socialmente modificable no provee a la sociedad de un sentido de futuro. Esto tiene varias consecuencias. Hace difícil pensar en términos de sustentabilidad, tanto social, como medioambiental y política. La sustentabilidad exige pensar en clave de futuro. Dificulta también legitimar los pactos y sacrificios que requiere el desarrollo. Estos se sustentan en la confianza en beneficios futuros que son difíciles de ver en el presente. Adicionalmente la deshistorización suele estar acompañada de presentismo e inmediatez en los cálculos tanto económicos como políticos.
3. Si el entorno social y económico no se perciben en algún grado como fruto de la historia social resulta muy difícil que la sociedad se descubra y represente como actor con iniciativa y creatividad propia. Se produce entonces una **desobjetivación social**. La capacidad de la sociedad para representarse como actor es un elemento importante a la hora de construir ciudadanía democrática. La democracia hace sentido cuando existe una energía e iniciativa social a la que darle dirección. Tener una imagen de país es también vital a la hora de promover una integración preactiva y no subordinada a la globalización. Resultarán vanos los intentos por recrear memorias colectivas, proyectos país o culturas compartidas, si la experiencia cotidiana nos señala que “lo nuestro” no depende de nosotros.
4. La desobjetivación social facilita la **retracción de las personas hacia el ámbito privado**. Sin una imagen positiva y eficaz de la vida colectiva los otros miembros de la sociedad adquieren un rostro amenazante. Sabemos que la confianza en los anónimos es fundamental para las sociedades complejas e impersonales. Sin estas confianzas la inseguridad gana terreno. Las personas se retraen a los círculos de sus relaciones íntimas. Las redes de interacción y cooperación se restringen y empobrecen. Esto termina por afectar a una economía competitiva y globalizada, la que exige redes flexibles y ampliadas de cooperación que sólo pueden surgir de la confianza en el anónimo.

La retracción de la sociabilidad no sólo tiene efectos para la competitividad sistémica. Afecta también la propia construcción de identidad y biografía por parte de las personas. La individuación es un producto propio y necesario de la modernidad. Ni la libertad, ni la racionalidad ni la ciudadanía democrática son pensables fuera del marco de una sociedad de individuos fuertes. Pero individuación no quiere decir aislamiento. Por el contrario, el individuo moderno es la base de una nueva manera de construir relaciones y sociedades. La existencia de un espíritu cívico común es lo que media entre individuos fuertes y sociedades fuertes y hace posibles a ambos. Sin la referencia a ese elemento común la individuación carece de otros referentes que la propia contingencia de cada uno. Los estudios muestran la pérdida de sentido biográfico y la dificultad para construir identidades personales que esto acarrea.

5. Uno de los fenómenos asociados de más largo alcance es, sin duda, el **debilitamiento de la acción colectiva**. Esto hace aún más difícil limitar el alcance totalizador de las dinámicas de un mercado autorregulado. El mercado se totaliza no sólo por la fuerza de sus propias dinámicas, sino, como se ha dicho, por la debilidad de los principios autónomos a él.

Estas tendencias son eso, tendencias. Son movimientos en medio de una tensión inevitable pero históricamente variable entre mercado y sociedad. El debilitamiento de las condiciones sociales del desarrollo no es una consecuencia intencional del manejo de la economía. Es más bien el resultado de la pérdida por causas particulares de la complementariedad entre lógicas de mercado y lógicas sociales.

Este debilitamiento no puede pensarse como una fatalidad irreversible. Pero, a la inversa, tampoco pueden pensarse como si fuera un mero momento de transición que será revertido naturalmente por alguna ley interna de la modernización. Las sociedades son hechos históricos y así como no hay ningún fundamento para anunciar cataclismos finales, tampoco hay fundamento para un optimismo escatológico.

La perspectiva del Desarrollo Humano nos pide situarnos como actores frente a la tensión entre sociedad y mercado. Esto exige abrirnos a la observación de las condiciones socioculturales del desarrollo y del impacto recíproco entre ellas y las dinámicas de la economía.

---